

Crear y criar: Convergencias entre el oficio del tejido y la mujer Misak

Ellas escribieron, ellas escriben, nosotras nos escribimos

Liceth Ardila

Universidad del Valle

Diseño industrial

Director: Mauricio Chemás

Valle del Cauca, Colombia

22 de junio de 2025

Tabla de contenido

Resumen	4
Introducción	5
Planteamiento del Problema	7
Objetivo General	9
Objetivos Específicos	9
Metodología	10
Capítulo 1. Territorios Fértiles: habitar el cuerpo territorio.....	11
1.1. El primer encuentro: Jardín Botánico Las Delicias	12
1.2. Eventos que marcaron el rumbo del proyecto.....	19
1.3. Sierra Morena: la conexión con la salud y la espiritualidad	26
1.4. Shey ya: casa de parteras.....	31
Capítulo 2. Crear: caminos de búsqueda y enraizamiento.....	35
2.1. La gestación y el tejido: desde mi cuerpo	36
2.2. El tejido como lenguaje: aprendizajes en comunidad.....	40
2.3. La creación como acto político y espiritual	43
Capítulo 3. Criar: memoria, objetos y rituales	46
3.1. Cuerpo territorio: memoria de ancestras.....	47
3.2. Primer ritual, la sangre y el cuerpo femenino	50
3.3. Segundo ritual, los sueños.....	52
3.4. Ritual de alumbramiento	54

3.5. La maternidad y el tejido Misak: a modo de conclusión	65
--	----

Bibliografía	68
--------------------	----

Resumen

Este estudio autorreferencial y descriptivo examina la cultura popular Misak, enfocándose en la maternidad y la noción de nacimiento humanizado desde la perspectiva de esta comunidad. A través de una participación etnográfica en el territorio de Guambia, Cauca, durante el período de 2019 a 2024, se ha documentado la relación simbólica y material de la comunidad Misak con los tejidos, abordando cómo estos actúan como mediadores de memoria, tradición y saberes ancestrales en el proceso de gestación y alumbramiento. La investigación reconoce a la maternidad como un proceso profundamente entrelazado con la cultura material, haciendo énfasis en los rituales, objetos y prácticas que acompañan este proceso vital.

Palabras clave

Maternidad, transmisión de la memoria, tejidos.

Introducción

Decidí realizar un estudio etnográfico y autorreferencial con la intención de construir vínculos con la cultura material de la comunidad Misak, enfocándome en la maternidad y la noción del nacimiento durante cinco años de participación etnográfica en el territorio de Guambia, Cauca (2019-2024). Esta investigación me permitió sumergirme en la relación que la comunidad mantiene con sus tejidos, no solo como prácticas cotidianas, sino como expresiones simbólicas y espirituales. En este recorrido, comprendí que la maternidad, el acto de gestar vida y de dar a luz, no son vistos únicamente como procesos biológicos, sino como rituales profundamente conectados con la memoria ancestral y la preservación cultural a través del tejido.

Este trabajo se enmarca en el campo del Diseño Industrial y propone una mirada desde el diseño ontológico. Más allá de generar objetos, el tejido Misak configura formas de vida. No se trata simplemente de una técnica o una artesanía: el tejido moldea la cosmovisión, construye identidades y sostiene las relaciones esenciales entre el cuerpo, el territorio y la memoria. Cada hilo, cada objeto tejido, encierra un acto de cuidado, de resistencia y de conexión profunda con la historia y los saberes del pueblo Misak.

A través de las vivencias y las voces de las mamitas y mujeres del territorio, he podido reconocer que los tejidos son portadores de saberes que se transmiten de generación en generación. Estos objetos, elaborados por manos femeninas, no solo son expresiones materiales: son medios de resistencia, espacios de memoria y herramientas de continuidad cultural. Las mujeres Misak, guardianas de la vida y de la palabra, continúan tejiendo la historia de su pueblo y participando activamente en los espacios sociales donde la vida comunitaria se construye. Uno de los momentos que despertó en mí mayor curiosidad fue acompañarlas en los procesos de gestación y alumbramiento.

El presente trabajo también se nutre de la teoría del diseño ontológico, entendida como una práctica que transforma al mundo y, en ese mismo acto, transforma al diseñador y a las formas de vida que habita y sostiene. Como propone Anne-Marie Willis (2006), “Diseñamos nuestro mundo, mientras nuestro mundo actúa sobre nosotros y nos diseña a su vez”. Desde esta perspectiva, el diseño no se limita a la creación de objetos: diseña formas de ser, de habitar y de cuidar. En este sentido, prácticas como el tejido Misak no solo producen cultura material, sino que configuran maneras de existir que están profundamente entrelazadas con la tierra, la memoria y la vida colectiva. El diseño ontológico nos permite comprender que los procesos de transformación, como la maternidad y la transición hacia la vida, son dinámicas que buscan armonizar lo humano con lo no humano, las energías de la tierra, los objetos y los rituales.

Este trabajo, tejido a través de las relaciones con la comunidad Misak, busca visibilizar cómo los objetos materiales no son simples elementos funcionales, sino portadores de simbolismo y fuerza femenina. A través de los capítulos *Territorios Fértiles*, *Crear* y *Criar*, se aborda el proceso metodológico y se profundiza en la relación entre la mujer y el tejido Misak. En estas páginas reflexiono sobre cómo los procesos de gestación y parto están íntimamente ligados a la memoria cultural, reafirmando la importancia de las mujeres en la construcción de la comunidad.

Les invito a pensar el diseño y la cultura material desde una perspectiva que valora las transiciones, los ciclos de la vida y la relevancia del tejido no solo como expresión artística, sino como un medio fundamental para conservar y transmitir los saberes femeninos y las memorias de cuidado que sostienen la vida comunitaria.

Planteamiento del Problema

La maternidad y el nacimiento en la cultura Misak son procesos profundamente interrelacionados con las prácticas rituales, simbólicas y materiales que configuran la vida comunitaria. La cosmovisión Misak reconoce a la mujer como un ser esencialmente vinculado a la tierra, la vida y la memoria ancestral. Estas conexiones se manifiestan en las prácticas cotidianas y en el tejido, entendido como un objeto cultural cargado de significados y como una práctica que, en su mayoría, ha sido creada y sostenida por las mujeres. En este contexto, el acto de gestar y dar a luz no solo involucra el cuerpo de la mujer, sino también el espacio material que la rodea, donde los objetos tejidos, el fuego, los alimentos y los saberes compartidos forman una red simbólica que fortalece la identidad cultural y femenina.

Sin embargo, en los últimos años se han evidenciado tensiones que afectan estas prácticas: el cuestionamiento de los rituales, la desvalorización de los conocimientos tradicionales, y la pérdida de reconocimiento de los oficios ejercidos históricamente por las mujeres como cuidadoras. Estos cambios han transformado la infraestructura de los espacios domésticos, han debilitado la continuidad de las prácticas rituales, y han introducido modelos occidentales sobre el parto y la maternidad que invisibilizan o deslegitiman los saberes ancestrales Misak. Esta situación abre preguntas urgentes sobre cómo las mujeres Misak mantienen, adaptan y reconfiguran sus tradiciones en un mundo en permanente transición, y cuáles son las implicaciones de estas transformaciones para la transmisión de la memoria, la identidad y el conocimiento asociado con la maternidad y el tejido.

Desde la perspectiva del diseño, este problema también evidencia la necesidad de cuestionar las lógicas modernas y eurocéntricas que han dominado la práctica del diseño

industrial, y que, como plantea Arturo Escobar (2017), han fragmentado las formas de vida al imponer modelos racionalistas, productivistas y desconectados de los territorios. El tejido Misak, como práctica simbólica y material, se presenta como una forma alternativa de diseñar, situada en la vida cotidiana, donde el cuerpo, la comunidad y la memoria dialogan para sostener el mundo.

En este sentido, el planteamiento de Anne-Marie Willis (2006) resulta clave, pues nos recuerda que no solo diseñamos objetos, sino que el diseño configura los modos en que habitamos y somos habitados por el mundo. “Diseñamos el mundo mientras el mundo nos diseña”. Desde esta mirada, las prácticas tradicionales como el tejido Misak no son meramente funcionales o estéticas, sino que configuran formas de existencia, estructuras de sentido y relaciones vitales con los otros —humanos y no humanos—.

El problema central de esta investigación se sitúa precisamente en las relaciones y tensiones entre la maternidad, el nacimiento y la materialidad en la cultura Misak, con especial énfasis en las prácticas de tejido como espacios de creación, resistencia y transmisión de saberes. Este estudio busca aportar a la construcción de otras formas de diseño, contextualizadas y ontológicamente conscientes, que reconozcan el tejido, el cuerpo y la memoria como territorios legítimos de conocimiento, creación y transformación cultural.

Objetivo General

Explorar cómo el tejido, como práctica material y simbólica, sostiene y transmite los saberes femeninos ancestrales vinculados a la maternidad, la crianza y la vida comunitaria en la cultura Misak, a partir de una aproximación etnográfica, autorreferencial y situada.

Objetivos Específicos

- Indagar los saberes, prácticas y significados que las mujeres Misak construyen en torno a la maternidad, la gestación y el alumbramiento, a partir de la experiencia vivida y el acompañamiento en el territorio.
- Observar el tejido Misak como un medio para la transmisión de la memoria, la construcción identitaria femenina y el fortalecimiento de la vida comunitaria.

Metodología

Este trabajo adopta un enfoque etnográfico, autobiográfico y situado, entretejiendo lo personal, lo colectivo y lo ancestral desde una perspectiva que privilegia el cuerpo como territorio de conocimiento. Inspirada por la Investigación Acción Participativa (Fals Borda, 2009) y la etnografía performativa (Bourdieu, 2003), la metodología se basa en la inmersión prolongada en el territorio de Guambia (2019–2024), la participación activa en espacios comunitarios y rituales, y el uso de herramientas como la observación participante, el diario de campo, la creación artística, las conversaciones informales y la cohabitación.

La narrativa autobiográfica se reconoce no como un simple relato del yo, sino como un método epistemológico desde el cual el cuerpo deviene archivo, herramienta de investigación y territorio de conocimiento (Cabnal, 2010; Cusicanqui, 2018). La presencia, la escucha, el trueque, el tejido y el acompañamiento en espacios de salud tradicional forman parte integral de este proceso metodológico relacional y ético.

Capítulo 1. Territorios Fértiles: habitar el cuerpo territorio

Este capítulo busca contextualizar al lector en el territorio y en el enfoque metodológico que guió esta investigación; lo etnográfico, autorreferencial y vivencial, priorizando la experiencia como una herramienta de aprendizaje y reflexión. Habitar el territorio no fue un acto neutral; fue una apuesta afectiva, política y ética, desde la escucha, la reciprocidad y la participación, reconociendo la importancia de acercarse a las comunidades desde el respeto y el vínculo genuino. Tal aproximación se alinea con la Investigación Acción Participativa propuesta por Orlando Fals Borda (2009), quien resalta la necesidad de construir conocimientos *con* las comunidades, y no *sobre* ellas, reivindicando sus saberes locales como fundamentales. Además, como sostiene Arturo Escobar (2003), este tipo de procesos permiten descentrar las epistemologías dominantes y abrir caminos hacia "otros modos de conocer y habitar el mundo", donde el conocimiento se teje desde la experiencia situada y relacional.

En este sentido, este capítulo también explora cómo el cuerpo, en la cosmovisión Misak, es concebido como un territorio que se habita, se cultiva y se teje, constituyendo una forma intrínseca de diseño de la existencia. Así, el cuerpo no es solo un espacio físico, sino un lugar donde se inscriben los saberes, las memorias y las prácticas que dan forma a la vida y a la cultura. Comprender el cuerpo como territorio permite profundizar en la conexión entre el tejido, la maternidad y el cuidado, y reconocer en estas prácticas cotidianas una potencia creadora que trasciende los límites impuestos por las miradas occidentales del diseño.

1.1. El primer encuentro: Jardín Botánico Las Delicias

El deseo de entender el tejido desde su raíz —desde la mirada de quienes lo han sostenido a lo largo del tiempo— me llevó a buscar territorios donde esta práctica aún se observa con naturalidad, como si siguiera manteniendo un legado ancestral. En ese camino, la Universidad del Valle fue más que un espacio académico: se convirtió en un puente de conexiones interculturales. A través de William Faudel, quien en 2019 era coordinador del Museo Arqueológico Julio César Cubillos y acompañaba activamente los procesos del cabildo universitario, pude conocer el territorio de Guambia y establecer un vínculo con la Asociación del Jardín Botánico Las Delicias (AJBD), ya que algunos estudiantes vinculados al cabildo universitario también hacían parte de este proceso en Guambia, territorio Misak.



Figura 1. Visita al Museo Casa Payán junto a monitores del Museo Arqueológico "Julio César Cubillos" y estudiantes del cabildo universitario.

Nota. Fotografía por Isabel Ullune, 2018.

En la primera visita me sentí tranquila: no tenía que justificar mi presencia. Pero sabía que una sola visita no era suficiente. El primer vínculo con la AJBD me permitió encontrar una voz, sentirme cercana y participar de conversaciones horizontales, donde

podía escuchar y compartir mis pensamientos. Considero que la presencia de generaciones cercanas a la mía y el contexto universitario en común nos permitió sentirnos comunidad. Me brindaron la oportunidad de acompañar, proponer y compartir.



Figura 2. Primera visita al territorio de Guambia: Tampal Kuari, trigal con Yenny Tumiña y desgranado de maíz con estudiantes de Univalle y niños del territorio.

La Asociación Jardín Botánico Las Delicias fue fundada en 1990 como una organización intercultural sin ánimo de lucro situada en el resguardo indígena de Guambia, en el Cauca. Está conformada por quince familias indígenas Misak, dos familias campesinas del municipio de Inzá y dos investigadores aliados de Bogotá, quienes comparten el propósito de fortalecer la vida comunitaria mediante la conservación de los ecosistemas altoandinos y el rescate de saberes ancestrales. Desde sus inicios, la AJBD ha impulsado proyectos como la Escuela Viva de la Naturaleza para el Fortalecimiento de Valores Culturales y la Conservación del Medio Ambiente, así como prácticas como la bioconstrucción de casas tradicionales en el Tulampiya, y la creación de otros espacios con arquitectura propia como la casa de los tejidos, la casa del Nakchak (cocina ancestral), la casa de cerámica y la escuela. Además, promueven el cultivo en Yatules (huertos espirales) y establecieron el primer vivero escolar de la región.



Figura 3. Asociación del Jardín Botánico Las Delicias: Lorenzo Muelas en el Yatul, construcción de la casa de artesanías, Tulampiya y Lorenzo.

Nota. Fotografías por Liceth Ardila, Monica Zamudio y Laura Cerezo, 2018.

Este espacio se ha consolidado como un punto de encuentro intergeneracional donde convergen la ciencia, el arte y la espiritualidad Misak. La AJBD ha tejido puentes entre el conocimiento tradicional y el pensamiento contemporáneo, apostando por una visión integral del territorio y la vida. Más que un jardín, es un tejido vivo que resiste, enseña y transforma desde la humildad de quienes comprenden que los desafíos del siglo XXI —como la crisis climática— deben enfrentarse desde la colectividad, la creatividad y el respeto profundo por la madre tierra.

El vínculo con la asociación continuó mediante visitas y mi participación como voluntaria en actividades de minga orientadas al fortalecimiento de procesos de soberanía alimentaria, construcción y palabreos en el *Tulampiya*. Tenía especial interés en participar en los palabreos, ya que eran espacios de escucha donde reconocía el esfuerzo de la asociación por hacer partícipe la voz de las mujeres en la casa del pensamiento. Esto es significativo, ya que por tradición las mujeres no suelen participar en los espacios abiertos de palabra, pues estos suelen coincidir con los oficios que ellas realizan, como la preparación de alimentos para quienes asisten a los encuentros.

Por esta razón, el 7 de marzo de 2022, invité a la AJBD a participar en la tercera versión de *Huertas que unen*, un evento que organizaba cada semestre con el objetivo de dar voz a personas dedicadas al cuidado de la tierra y a los oficios relacionados con ella, ya fuera desde la academia o desde la experiencia práctica. El evento se realizó en la

Universidad del Valle, cerca del lago en un espacio conocido como la Maloca. Conté con el apoyo de Lina Rubio en la logística, y participaron como ponentes James Montaña, Lorenzo Muelas, Edier Calambas, Mama Pascuala y Taita Edilio. Los temas abordados giraron en torno a la soberanía alimentaria, la cosmovisión Misak y la práctica del *Yatul*. Al concluir, reconocimos la importancia de generar espacios interculturales dentro del contexto académico.



Figura 4. Palabreo sobre la agricultura Misak y el rol de la mujer como guardiana de la semilla.

Nota. Evento Huertas que unen fotografías de Rafael Rodríguez.

Durante el evento, se resaltó el papel histórico de la mujer como cuidadora de la vida. Como lo expresó James Montaña en el palabreo:

"En el occidente se dice que los mejores inventos los han hecho los hombres, pero si uno se pone a mirar en detalle, el mejor invento lo hicieron las mujeres. ¿Qué inventaron las mujeres? La agricultura. Entonces, creo que a ellas les debemos ese regalo que hicieron desde tiempos remotos."

En abril de 2021, me atreví a compartir una técnica gráfica con el Jardín Botánico Las Delicias. La serigrafía directa me resultaba interesante por su lógica de producción en serie, cercana al pensamiento industrial, pero que, a pesar de ello, conserva el valor de pasar por las manos del artesano. Este taller lo realicé junto a la artista Mónica Zamudio

Palacios, en el espacio del *Tulampiya* en Guambia, Cauca. El taller tuvo dos sesiones, donde trabajamos bajo el concepto del *Yatul* y creamos una obra colectiva: el trazo de los participantes quedó plasmado en la seda, base de la impresión, con ilustraciones de plantas presentes en la huerta en espiral.



Figura 5. Yatul, huerta tradicional Misak en la Asociación del Jardín Botánico Las Delicias. Taller de serigrafía directa.

Este espacio de creación conjunta no solo permitió que las imágenes de las plantas quedaran impresas en la seda, sino que posibilitó un encuentro donde cada participante dejó algo de sí en el trazo, en la conversación y en el hacer compartido. La serigrafía se convirtió en un puente entre el conocimiento técnico y la memoria ancestral, donde el *Yatul* no fue solo un tema, sino una metáfora viva del cuidado y la conexión con la tierra. Este ejercicio gráfico, más allá de la técnica, nos recordó que los procesos colaborativos son también formas de tejido social, donde cada gesto y cada diálogo imprimen huellas que perduran.



Figura 6. Impresión de serigrafías en el Tulampiya. Taller de serigrafía directa

Al iniciar esta investigación, ya tenía presente el interés por la metodología participativa como la plantea Orlando Fals Borda (2009). La búsqueda por comprender la cosmovisión Misak y la práctica del tejido se alimentó de experiencias que me permitieron estar presente y vivir una inmersión genuina conmigo misma y con la comunidad. Con el tiempo, la confianza nos permitió compartir de manera más natural conversaciones e intercambios.

Este proceso me ofreció un lugar ético y político desde donde acercarme al otro, no desde una mirada extractiva ni desde la lógica de la utilidad, sino desde la escucha, el vínculo genuino y la reciprocidad. Este enfoque me llevó a cuestionar las formas tradicionales del diseño, que suelen privilegiar la producción sobre la relación, y me abrió la posibilidad de construir desde la co-creación y el respeto por los saberes tradicionales.

Ver el diseño como un espacio de encuentro y transformación compartida me permitió situar mi práctica en un compromiso ético con las comunidades y sus territorios. Investigar, también, es merecer: participar, compartir, aprender y, quizás, solo entonces, ser digna de recibir algo de ese saber oral y colectivo. La escucha fue clave, porque me permitió romper barreras y superar conceptos ajenos al territorio en el que me encontraba enraizando.

Este territorio, ubicado en la región andina del suroccidente colombiano, está profundamente tejido por las montañas, los ciclos de la tierra y las cosmovisiones ancestrales que perviven en nuestras comunidades. Allí, la vida no puede comprenderse desde una mirada externa ni desde marcos de conocimiento hegemónicos; es necesario aprender a escuchar con el cuerpo, con el tiempo y con la presencia, permitiendo que sea el propio territorio, sus mujeres, sus prácticas y sus silencios los que nos enseñen.

Observarme y observar a las mujeres Misak, compartir con ellas en medio de los oficios, o simplemente escucharlas mientras las manos hacían, me permitió unir mi

cuerpo a sus movimientos y, poco a poco, aceptar esos códigos como formas legítimas de comunicación. Como señala Luis Felipe Muelas, desde la concepción Misak, la mujer posee una sabiduría natural que la conecta espiritualmente con el territorio, el cosmos y los espíritus. Esta energía vital se encarna desde el vientre y guía las prácticas de cuidado, sanación y creación.

Me atrevo a conectar esta vivencia con lo que plantea Arturo Escobar (2014) en *Sentipensar con la Tierra*, cuando habla de "formas de conocer que se tejen desde el hacer", donde el conocimiento no es solo intelectual, sino también corporal, relacional y situado, y donde el acto de estar con el otro transforma tanto la comprensión como la forma de habitar el mundo.

En la cosmovisión Misak, el entorno y sus materiales no son simples recursos: son agentes ontológicos que configuran los modos de habitar y comprender la vida. Este diseño intrínseco se manifiesta, por ejemplo, en el *Nak chak* —la cocina o fogón ancestral—, cuya estructura combina funcionalidad, simbología y cosmología. Como lo describen López y Román (1998), “el *Nak chak* incluye el *Nak kuk* (fogón), que contiene tres piedras, cenizas y leña para encender el fuego y cocinar”. Además, señalan que “el fuego no solo proviene de fósforos, sino que está presente en toda la naturaleza y es fundamental para el equilibrio”

Así, la cocina Misak no es únicamente un espacio doméstico: es un lugar de convergencia material, afectiva y política, donde la tierra, el fuego y las personas se articulan para reproducir el territorio como entidad viva. El *Nak chak* expresa cómo el diseño está profundamente enraizado en la agroecología, la espiritualidad y las prácticas comunitarias, revelando una ontología que integra lo físico con lo simbólico, lo sustentable y lo relacional.

1.2. Eventos que marcaron el rumbo del proyecto

Durante el período de la investigación, tres procesos marcaron el rumbo de este trabajo: el laboratorio C, realizado en el año 2019; el evento de partería en el año 2020; y la gestación y el alumbramiento de mi hijo Itzae, dentro del territorio Misak, en Guambia, Cauca. Estas experiencias, que más adelante fui entrelazando, delinearon el enfoque de la investigación hacia las prácticas relacionadas con la maternidad, el nacimiento y la materialidad de los tejidos.

El laboratorio C fue dirigido por Julieth Morales en la Casa Obeso Mejía. Julieth, artista indígena Misak, tenía en exposición su obra *Srape Pøtø Tul-yu | El último círculo*. El laboratorio buscaba abrir un espacio de compartir, donde Julieth, junto a su tía Luz Dary Aranda —también mujer indígena Misak—, enseñaban la práctica del hilado tradicional con puchicangas: una herramienta que permite embobinar el hilo y condensarlo, hilo que posteriormente sería utilizado por cada asistente en una creación personal. La convocatoria estaba dirigida a artistas plásticos, visuales y de áreas afines, así como a escritores, comunicadores o cualquier persona interesada en las prácticas textiles.



Figura 7. Casa Obeso Mejía. Taller, junio de 2019, hilado con puchicangas.

Al finalizar el laboratorio, cada participante propuso una pieza para la exposición colectiva. Mi propuesta fue un performance, un gesto que brotó del deseo de desprenderme de una piel simbólica: una vestidura que me cubría, pero no me representaba. Esa piel me hablaba de caos, de desorden, de una identidad que me pesaba como herencia impuesta.

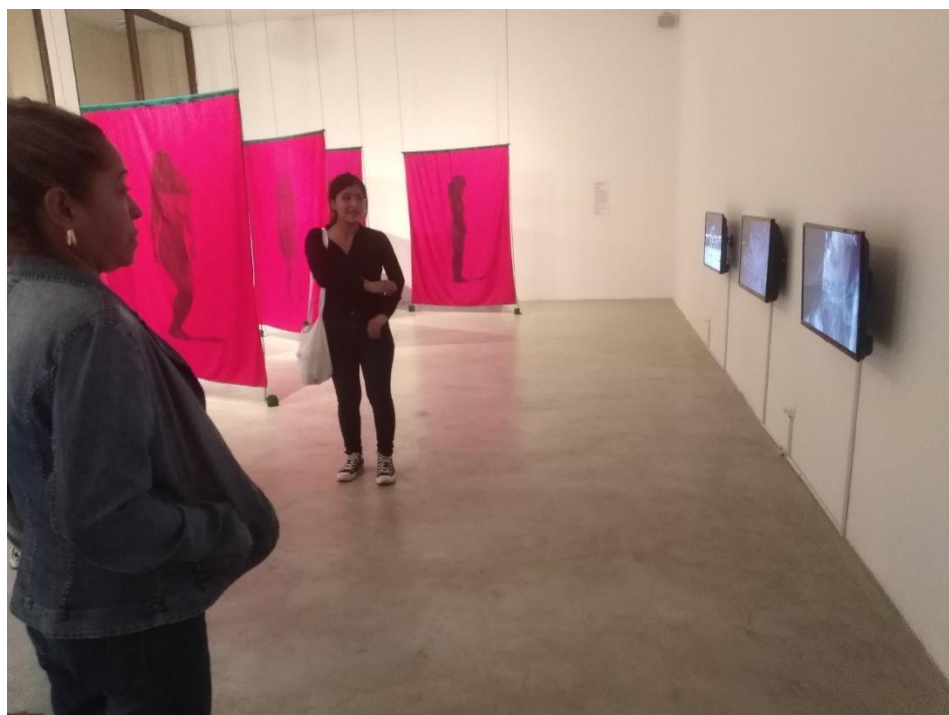


Figura 8. Exposición de Julieth morales en museo La Tertulia.

PROGRAMA C

MUSEO LA TERTULIA

LABORATORIO C

KUP (HILAR)

Kup, hilar en lengua Miskaki, es un laboratorio que invita a participar de una práctica ancestral que transforma la lana de ovejo en hilo, usando las puchicangas; una herramienta tradicional que permite embobinar el hilo y condensar, al mismo tiempo, la energía vital del pensamiento, la palabra y la memoria. El hilo será usado durante el laboratorio para realizar intervenciones en la Casa Obeso Mejía.

Sábado 22, martes 25 y miércoles 26 de junio
2 p.m. - 6 p.m. / Casa Obeso Mejía

DIRIGIDO A
artistas plásticos, visuales y de áreas afines, escritores, comunicadores o cualquier persona interesada en las prácticas textiles.

REQUISITOS
enviar perfil del participante

Cupo: 12 personas / Actividad gratuita
Si te interesa participar en este laboratorio consulta las bases y requisitos en www.museolatertulia.com

LA CASA **LA TERTULIA** **CELSIA**

Figura 9. Convocatoria para el taller de kup (hilar).

Durante la acción performática, me despojé de esa piel y la rehíce con un hilo magenta que había hilado durante la semana con la puchicanga. Con ese hilo creé un tejido similar al crochet, pero sin aguja: usando solo mis dedos para formar una cadeneta. Mi cuerpo se convirtió en vehículo de creación. Con mis manos, en un acto íntimo, construí una nueva piel, no para cubrirme, sino para ornamentarme. Esa nueva capa no me ocultaba, al contrario, me dejaba ver. En ese gesto me permití sentirme y habitar un cuerpo mestizo y femenino, mientras el tejido, con sus códigos, realzaba mi feminidad.



Figura 10. Invitación a la muestra colectiva.

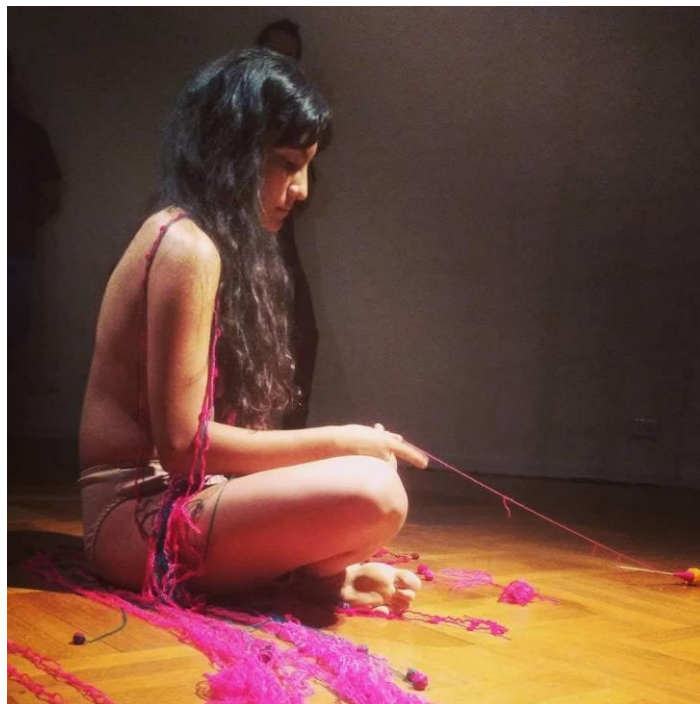


Figura 11. Performance del taller Kup, 2019.

Este primer encuentro abrió preguntas que marcaron el rumbo del proyecto: ¿qué es el tejido como lenguaje? ¿Como territorio simbólico? ¿Como cuerpo extendido? Descubrí que mi investigación no era solo estética: era también vital, política y espiritual. Era mi forma de narrarme, de sanar lo silenciado, de hilarme desde el cuidado y no desde la negación.

Estas primeras reflexiones sobre el tejido se ampliaron cuando, un año después, tuve la oportunidad de participar en un evento que profundizó el vínculo entre el cuidado y la creación.

El segundo evento clave fue mi participación en la investigación *Saberes contrahegemónicos de las mujeres del Sur Global frente al desarrollo como proyecto moderno y patriarcal*, liderada por Tatiana Andrea Bachiller. Asistí al evento "Trueque", un espacio de intercambio de saberes en torno al oficio del cuidado.



Figura 12. Evento "Trueque" en la casa de Shey Ya, Sierra Morena.

Yo no sabía mucho sobre partería. Apenas comenzaba a escuchar con atención sobre las doulas y las parteras. Pero algo en mí se conmovió con esa convocatoria. Había un vacío que se abría cada vez que intentaba hablar del tejido. Ya intuía que el tejido no era solo objeto: era cuerpo, era vida. Pero me faltaba una voz maternal. Esa voz que sostiene, que acompaña, que cría.

Ese vacío se hizo más evidente cuando escuché a las mamitas referirse a sus creaciones como nacimientos. María Antonia Tumiñá decía: “Kan nunek, mi otro hijo o el otro hermano” (López & Román, 1998). Comprendí que, para ellas, el tejido también es un hijo: algo nacido de sus manos, un acto de cuidado encarnado.



Figura 13. Mamita Agustina y asistentes al evento "Trueque".

Yo no podía aún comprender esa sensibilidad desde mi propia historia. Crecí en una familia donde el cuidado era necesario, pero bajo prácticas sociales distintas. Hasta los siete años viví con mi padre, mi madre y mis hermanas. Luego del divorcio, mi madre sostuvo sola todos los roles. Era madre y padre al mismo tiempo. Aunque contábamos con familiares, el cuidado estaba mediado por una devolución: no existía el trueque ni el apoyo comunitario; primaban las necesidades económicas y las obligaciones sistemáticas como el pago del arriendo, los servicios y los alimentos.

El cuidado se vivía como una carga solitaria, como una deuda constante. Crecí con una falsa concepción del dar y cuidar la vida. Esta visión comenzó a cambiar a medida que escuchaba y vivía más de cerca las costumbres de las mujeres Misak. Aunque no soy mujer indígena, en muchos espacios me sentí aceptada, sin ser rechazada por ser mestiza.



Figura 14. Nak chak, grabado de mamintas Misak.

Nota. Grabado en linóleo que realice después de asistir al evento del trueque arte del 2020, Nak Chak, Liceth Ardila.

Para la comunidad Misak, el cuidado no es un sacrificio individual, sino una práctica sagrada. Parir no es un fracaso: es continuidad. Cuidar no es una carga: es soberanía. Y eso me confrontó profundamente. Había crecido creyendo que gestar vida era un error, una interrupción. Por años, incluso pensé que mi propia existencia había sido una carga para mi madre. Esa herida, silenciosa, fue moldeando mi percepción del cuidado.

Estos eventos me llevaron a comprender que el tejido es mucho más que un objeto; es una práctica que "diseña" relaciones, valores y realidades.



Figura 15. Mamita Agustina Yalanda, visita para control de mis primeras semanas de gestación.

1.3. Sierra Morena: la conexión con la salud y la espiritualidad

Sierra Morena es un territorio configurado por la comunidad Misak como un espacio para el cuidado de la vida y la defensa de la salud desde una mirada propia. Este lugar, además de ser un espacio físico, es también un centro de encuentro para la transmisión de saberes ancestrales y el fortalecimiento de la autonomía cultural. Según Vasco Uribe (s. f.): los procesos organizativos como los comités Misak han permitido ejercer la autoridad comunitaria sobre la salud, entendida no solo como la atención de enfermedades, sino como un equilibrio integral entre el cuerpo, el territorio, la espiritualidad y la palabra. Estos procesos se articulan con la Agenda Propia Misak, que prioriza la medicina tradicional y las prácticas cotidianas como estrategias fundamentales para la pervivencia cultural y la sanación colectiva (Céspedes, Jembuel, Salamanca Sarmiento, & Velasco, 2023).

En este sentido, Sierra Morena no es simplemente un espacio rural; es un territorio donde la salud se construye desde la organización, la palabra compartida y el reconocimiento de los saberes de los mayores, quienes enseñan que el cuerpo y la tierra se curan y se fortalecen de manera conjunta.

En Sierra Morena, el cuidado de la salud está profundamente ligado al cultivo, la protección y la aplicación de las plantas medicinales, consideradas por el pueblo Misak como elementos sagrados que resguardan la memoria y la vida. La comunidad siembra más de 200 especies, entre las que destacan la menta, la ruda, el romero y la chichaja, utilizadas no solo para tratar enfermedades físicas, sino también para sanar el espíritu y fortalecer el pensamiento colectivo (Céspedes, Jembuel, Salamanca Sarmiento, & Velasco, 2023). Este conocimiento ancestral no es estático ni relegado al pasado; por el contrario, como afirma (Rodríguez, 2015), el patrimonio cultural Misak "nos habla para

dar vida" y se mantiene vivo en las prácticas cotidianas, en los rituales y en los saberes que se transmiten de generación en generación. En las huertas, los palabreos y las mingas, la comunidad continúa revitalizando sus formas propias de cuidado y salud, resistiendo a las imposiciones externas y reafirmando que la medicina tradicional es una forma legítima de cuidar el cuerpo, el territorio y la identidad cultural.

Cuando comenzó mi periodo de gestación, tuve sentimientos encontrados, me sentía fracasada, no sabía cómo comunicarle a mi familia, además de acuerdo con lo caminado y vivido para mí no era una opción el aborto, necesitaba asumir la vida en mi vientre y no darle más lugar a la culpa o vergüenza, sino agradecer por tener un cuerpo con la capacidad de gestar vida. Recuerdo que apenas me entere de la noticia, que fue en el hospital San Carlos, en Silvia, Cauca, me preguntaron, cuando ya sabía el resultado, sobre qué quería hacer, si mi decisión era comenzar el procedimiento de aborto o el procedimiento de gestación. A lo que respondí en ese momento sin dudar que comenzaba el proceso de gestación, pero el miedo se anidaba en mí, así que acudí al llamado de mama Agustina Yalanda, quien fue la tejedora de la red que nos cuidó durante la gestación y alumbramiento, por motivos de salud, ella no pudo acompañarnos en todo momento, pero estuvo muy atenta, durante los primeros meses de gestación con su presencia, pudo brindarnos calma. Realizamos un ritual de agradecimiento por la nueva vida en mi vientre junto a mi compañero, esposo y padre de mi hijo.



Figura 16. Siembra de fogón, y agradecimiento por la vida que se iniciaba a gestar.

Nota. Registro de David Otero, en la huerta comunitaria del Ambachico el 2022.

En ese momento, tenía mucho miedo, ella solo me pidió calma y me ofreció té, con semillas de alhucema, anís y canela. Fue una preparación que estuvo muy presente hasta mis 5 meses porque la ansiedad, el miedo o la duda de estar preparada para ser madre, estuvieron muy presentes, me encontraba muy solitaria viviendo en una casita en la vereda de Ambachico. En una de nuestras conversaciones, ella me mencionó la posibilidad de dar a luz en el espacio del Shey Ya, creado para salvaguardar y practicar los oficios de partería. Acepté su invitación, así fue como llegué con 5 meses de gestación a un proceso integral que se encuentra en la vereda Sierra Morena, en Guambia. Y digo proceso integral porque en él se encuentran; el jardín de plantas medicinales La Casa del Frailejón, El Shey Ya (Casa de parteras), la Casa Payan (museo Misak), Cabildo de Guambia y el hospital Mama Dominga, con ellos pude tener un parto tradicional. Esta experiencia fue al mismo tiempo íntima y metodológica: fue algo que planeamos juntos, Por su parte existía un interés por reafirmar la posibilidad intercultural y de darle un lugar

a las prácticas tradicionales para el recibimiento de una nueva vida, hacer memoria del ritual tradicional. Pensamos en cada detalle en pro de rehacer memoria sobre la práctica ritual de un nacimiento “llegada del nuMisak¹”.



Figura 17, Letrero que se encuentra en la parte de afuera de la casa del shey ya, "NuMisak" traduce ser grande que llega al territorio.

Nota. Registro de Julián Fernández Perdomo



Figura 18, Control de mamita Agustina Tunubala en su consultorio de Sierra Morena.

Nota. Registro de Edilma Prada Céspedes, para la publicación de un artículo en agenda propia. “Las plantas medicinales el legado del pueblo Misak.”

Mi investigación no se limitó a describir lo que hacen las mujeres Misak, sino a pensar con ellas, desde sus espacios, las maneras en que los tejidos, los partos y las cocinas activan saberes territoriales, ecológicos y femeninos. La noción de “transición”,

¹ NuMisak: Un ser grande que llega al territorio

propuesta por Arturo Escobar (Escobar, Autonomía y diseño: La realización de lo comunal., 2017), me permitió reconstruir un pensamiento articulado dándole un lugar a los procesos no como algo fijo o estático, sino como caminos en construcción hacia otros mundos posibles.

Se concibe el cuerpo femenino como un territorio fértil: espacio de vida, resistencia y transmisión ancestral. En la comunidad Misak, dar vida constituye una forma de continuar el tejido cultural y espiritual del pueblo. Por ello, el nacimiento se vive como un ritual que involucra no solo a la madre, sino también al entorno: la familia, los médicos tradicionales, las parteras, los elementos naturales, los seres espirituales y los objetos tejidos.

Estos últimos, como parte de la cultura material Misak, no solo acompañan el momento del alumbramiento, sino que sostienen el tejido simbólico y cotidiano del cuidado. En ellos se expresan saberes ancestrales, formas de protección, y gestos concretos de acompañamiento que hacen visible la dimensión comunitaria de la maternidad.

1.4. Shey ya: casa de parteras

La Casa de Partería en Sierra Morena se configura como un espacio comunitario de cuidado, saber y resistencia, donde las parteras tradicionales acompañan los procesos de gestación, parto y crianza desde una visión ancestral. Más que un lugar físico, esta casa es un territorio simbólico que preserva y activa conocimientos que han sido transmitidos por generaciones de mujeres, resguardando prácticas que integran el cuerpo, la espiritualidad y la comunidad. En este espacio, el nacimiento no es solo un acto biológico, sino un acontecimiento profundamente relacional que conecta a la nueva vida con la madre, la familia, la tierra y los elementos sagrados que estructuran la cosmovisión local. La Casa de Partería es, entonces, una apuesta por la autonomía cultural, un refugio donde las mujeres recuperan sus voces, sus cuerpos y sus formas propias de entender la vida y el cuidado.

Las transformaciones culturales que atraviesan las comunidades Misak, particularmente en el resguardo de Guambia, han impactado profundamente las formas de transmisión del conocimiento ancestral. Morales y Gallego (2020) señalan que factores como la escolarización no contextualizada, la hegemonía del idioma castellano en los hogares y la creciente influencia de modelos familiares occidentales han debilitado la preservación de prácticas tradicionales. Este cambio cultural se refleja en la reducción del uso de la lengua Misak y la pérdida de los rituales que fortalecen la identidad colectiva. La familia, antes núcleo esencial en la conservación del pensamiento propio, enfrenta hoy tensiones entre las dinámicas de la modernidad y la necesidad de resguardar sus raíces.

En este contexto, la Casa de Partería de Sierra Morena se convierte en un espacio fundamental para la revitalización de los saberes femeninos ancestrales. Como lo describe Orjuela Martínez (2021), la política indígena también se despliega en espacios cotidianos,

como la cocina o el “nakchak”, que ella define como “*lugar de la vida y de la política*” donde las relaciones, saberes y cuidados circulan entre mujeres. En la Casa de Partería, este concepto se materializa plenamente: las parteras acompañan el parto no solo con conocimiento técnico, sino con una sensibilidad relacional que conecta cuerpo, espiritualidad y territorio. Allí, el nacimiento se transforma en un acto colectivo en el que se fortalecen los lazos familiares y la conexión con la madre tierra mediante rituales, oraciones y alimentos simbólicos. Por eso, esa casa no es solo un espacio de atención, sino un enclave político-afectivo, un acto de resistencia cultural: un lugar donde las mujeres recuperan sus prácticas y defienden sus saberes frente a los discursos biomédicos hegemónicos (Orjuela Martínez, 2021).

Las prácticas de las parteras no solo conservan técnicas tradicionales, sino que encarnan una forma profunda de comprender el cuidado y la sociabilidad en el parto. El artículo “*Manos y materia. Volver tangible la sociabilidad en el parto áureo*” (Aichinger & Grohsebnner, 2021) resalta la centralidad de esos cuerpos y cuerpos materiales: “quienes asisten a un nacimiento... moldean a la vez su futura identidad” mediante “los gestos de parteras, familiares o ayudantes celestiales”. En este entramado simbólico y físico, las manos expertas, las telas, hierbas e instrumentos conforman un tejido relacional donde cuerpo, palabra y materia se entrelazan durante el nacimiento. Este cuidado corporal y afectivo sostiene tanto a la madre como al recién nacido, reforzando las redes comunitarias que acogen la vida naciente. Por ello, el parto tradicional se revela como un rito cargado de memoria, relaciones y cosmovisiones que contrarrestan y resisten el discurso biomédico dominante. (Aichinger & Grohsebnner, 2021).

Cuando mamita Agustina me invitó a la casa del Shey Ya, yo ya tenía una idea clara sobre la función de la casa Shey Ya. La había conocido en Sierra Morena, en el

evento de Tatiana Bachiller, y sabía que era un espacio dedicado a la salud y medicina tradicional. Ahí se esfuerzan por revalorizar las prácticas y oficios de los médicos tradicionales, trabajando de la mano con la IPS y el cabildo para proteger y salvaguardar su conocimiento ancestral.



Figura 19. Shey YA, casa de partería.

Acepté de inmediato, aunque me preocupaba no estar trabajando y no saber cómo remunerar. Pero en mi mente surgió la palabra trueque, porque sabía que es una práctica que ellos valoran. Así que hablé con el coordinador del proyecto del Sierra Morena, en ese momento el encargado era Luis Felipe Muelas, él en su momento estaba encargado de la Casa del Frailejón, espacio donde se encuentran más de 200 especies censadas de plantas medicinales, realizan medicina homeopática propia, encargado del Museo Casa Payan y la Casa Shey Ya, además este proceso esta custodiado por la IPS Mama Dominga y el Cabildo. Le expliqué mi situación, mi intención de escribir mi proyecto en relación con los tejidos Misak y, sobre todo, que deseaba que mi hijo naciera con una partera.

¡Ellos valoraron muchísimo esa confianza! Que una persona mestiza, "de afuera", les confiara un alumbramiento. Comparto un comentario de Tata Luis, en medio de una conversación que tuvimos un año después del nacimiento de Itzae: *“Toda persona que llegue acá es bienvenida... esta casa que tenemos, la casa de las parteras, es para la atención a las mamitas, en un parto integral, que tiene que ver con la medicina propia, el conocimiento espiritual y el acompañamiento emocional”*.²

Aceptaron mi propuesta: les ofrecí pintar un cuadro de gran formato, y dijeron que sí. Sin dudar. Así fue como, durante esos meses, estuve pintando ese cuadro, mientras las mamitas me asistían y yo pintaba y observaba lo experimentado día a día.

En esta medida, me aproximo a un enfoque etnográfico sensible y performativo, en el que la experiencia propia se convierte no solo en punto de partida, sino también en herramienta metodológica. Retomando a Pierre Bourdieu (2003), esta propuesta se enmarca en lo que el autor denomina *objetivación participante*, que implica una mirada reflexiva sobre las condiciones sociales del investigador, sus disposiciones y categorías de percepción. Como parte de esta apuesta, recurro a la autobiografía, propuesta por el autor anteriormente mencionado, no como relato lineal del yo, sino como herramienta epistemológica situada donde el cuerpo, la voz y la memoria no son solo herramientas de indagación, sino territorios en los que se encarna el saber. Desde esta perspectiva, la autobiografía no es un simple relato autorreferencial, sino un método de conocimiento situado, donde el cuerpo y su vivencia deviene archivo.

² Conversación con Tata Luis Felipe Muelas, en Sierra Morena, 2023

Capítulo 2. Crear: caminos de búsqueda y enraizamiento

Este capítulo indaga en el acto de crear como un proceso que entrelaza el tejido, la gestación y la construcción de sentido desde la experiencia vivencial y etnográfica. Crear no es solo hacer objetos; es también gestar vida, narrar, sanar y resistir. A través del tejido, se exploran las conexiones entre la maternidad, la cultura material y la memoria ancestral, en diálogo con los saberes territoriales y los marcos teóricos que cuestionan las lógicas dominantes del diseño moderno.

Desde una perspectiva situada y relacional, inspirada en las propuestas de Arturo Escobar (2017) sobre el diseño para la transición, Anne Willis (2006) sobre el diseño como configuración de formas de vida, y Silvia Rivera Cusicanqui (Cusicanqui, 2018) con su noción del pensamiento ch'ixi, este capítulo propone pensar la creación como una práctica encarnada, comunitaria y espiritual. Del mismo modo, se retoman los planteamientos de Ezio Manzini (2015) en torno a la innovación social desde los territorios, y de Adolfo Albán (Achinte, 2013) sobre el valor simbólico y ritual de los objetos en las culturas indígenas.

Estas reflexiones se entrelazan con experiencias personales y aprendizajes compartidos con mujeres Misak, quienes, a través del tejido, el agua, el fogón y la palabra, reafirman la vida y sostienen la memoria colectiva. Crear, en este contexto, es también resistir: es cuidar, es transformar, es pertenecer.

2.1. La gestación y el tejido: desde mi cuerpo

Desde que comencé mi formación en diseño industrial, una sensación de vacío se instaló en mí. Había crecido rodeada de objetos, sí, pero eran objetos surgidos de procesos industriales, diseñados para resolver funciones específicas, fabricados en serie, impersonales, desprovistos de historia. En la universidad, ese modelo se reafirmaba: diseñar era responder a necesidades de mercado, aplicar métodos estandarizados y desarrollar productos en serie. Pero algo en mí se resistía. ¿Por qué todo me sonaba tan ajeno?

La pregunta empezó a tomar forma: ¿dónde están los objetos que hablan desde este territorio? ¿Aquellos que nacen de una relación íntima con la tierra, con quien los crea, con el tiempo y los rituales? Pensaba en Colombia, donde muchos objetos no surgen de una necesidad impuesta ni responden a una lógica de consumo, sino que emergen de vínculos profundos con la comunidad, el cuerpo y los ciclos naturales. Y, sin embargo, eso no era lo que nos enseñaban a diseñar.

Tal como plantea Arturo Escobar (Escobar, Autonomía y diseño: La realización de lo comunal., 2017), el diseño dominante ha operado bajo marcos racionalistas, extractivistas y deslocalizados, que ignoran los saberes territoriales y las formas de vida relacional. En sintonía, Adolfo Albán (Achinte, 2013) insiste en que lo simbólico y lo ritual siguen vivos en los pueblos indígenas, y que allí el objeto no es mercancía, sino mediador de memorias, espiritualidades y formas de resistencia. Entonces, ¿por qué persistimos en enseñar un diseño que desconoce esos otros mundos posibles?

Esa intuición se volvió más clara durante una visita al Museo Julio César Cubillos, en la Universidad del Valle. Frente a una vitrina con vasijas de pueblos indígenas, comprendí que el diseño —ese que me enseñaban— era solo una posibilidad entre

muchas. Esas vasijas tenían vida. Había en ellas sonidos, símbolos; saber étnico y cosmovisiones tejidas en una sola pieza. Y me dije: aquí hay un diseño.

¿Qué significa entonces crear desde el cuerpo, desde el cuidado, desde el arraigo? En el mundo Misak, crear y criar no están separados: ambas son prácticas que sostienen la vida, que la enlazan y que la tejen. Esta dimensión relacional del diseño se alinea con la perspectiva de Anne (Willis, 2006), quien argumenta que el diseño configura no solo el mundo material, sino también nuestras formas de ser en él. Así, el tejido Misak, más que una técnica, es una forma de diseñar vida, vínculos y territorio, afectando no solo lo que se hace, sino también quién se es.

Desde esta perspectiva, el tejido no se aísla del acto de cuidar: es un legado que cultivan las mujeres para formarse como cuidadoras. Entonces ¿cómo se leen esos códigos? ¿Por qué los tejidos son la base de la educación para la mujer? ¿Por qué es importante que los realicen las mujeres? ¿Cuáles son esos tejidos? ¿Cuándo y dónde los aprenden?

Estos fueron algunos de los interrogantes que fueron apareciendo a medida que caminaba el proyecto. En mi cabeza retumbaba también la necesidad de justificar, frente a mi programa académico, el tipo de aporte que buscaba realizar con esta investigación. Muchas veces se me cuestionaba por no proponer un diseño de carácter industrial, con aplicación directa de técnicas o un folleto paso a paso. Pero para mí era más importante evidenciar el vínculo entre quien crea y el objeto en función. En este caso, la mujer tejedora y sus tejidos como una acción concreta de cuidado.

Porque la mujer Misak, cuando transforma la materia, lo hace desde el principio de cuidar a su familia y a su comunidad. Como lo expresa Mama Luz Dary Aranda:

“Hilar es afinar el merino para tejer el vestido y es para el futuro. Es “Untateka” (hacer las cosas con amor) nos enseña a ser ciudadanos pacientes, así mismo muestra la

*capacidad de la mujer de transformar la lana natural que viene del ovejo en nuestro vestido. En el oficio estamos dándole vida a un futuro porque creamos y construimos para nuestros hijos es una tarea constante porque hila su vida”.*³

Este trabajo se alinea también con la propuesta de Ezio Manzini (Manzini, 2015), quien sostiene que el diseño puede y debe ser una herramienta para la innovación social, construida desde abajo, desde los territorios y sus prácticas cotidianas. Manzini plantea que “todos diseñamos” (*when everybody designs*), reconociendo que las comunidades — y en particular las mujeres— ya son portadoras de saberes transformadores, aunque históricamente deslegitimados por los marcos industriales o tecnocráticos. En este sentido, el tejido Misak no es un “objeto de diseño” externo, sino una práctica de cuidado, transformación y sostenimiento del mundo.

El tejido, como práctica de creación, no puede ser entendido únicamente desde la acción de un sujeto individual. Tal como propone Albena Yaneva (Yaneva, 2009), desde una mirada inspirada en la Teoría del Actor-Red, el diseño es el resultado de una red de relaciones entre humanos y no-humanos, donde materiales, herramientas, espacios y saberes participan activamente en los procesos creativos. En este sentido, los telares, las fibras, las ruanas, los usos y los fogones en el contexto Misak no son meros instrumentos pasivos, sino actores que sostienen el tejido del mundo. La maternidad, el tejido y el diseño se entrelazan como procesos colectivos y multiespecie, donde lo material, lo simbólico y lo espiritual se afectan mutuamente. La tejedora no está sola: el hilo, el cuerpo, la luna, el fuego y el conocimiento ancestral también diseñan con ella.

Como plantea Silvia Rivera Cusicanqui (Cusicanqui, 2018), un mundo *ch'ixi* es posible cuando se reconoce la coexistencia conflictiva, pero no subordinada, de saberes

³ Mama Luz Dary Aranda, 2018.

y formas de vida diversas. Lo *ch'ixi* no es la mezcla homogénea, sino la convivencia tensa de mundos que se rozan sin fusionarse, generando nuevas potencias. En este trabajo, caminar con las mujeres Misak, sin apropiarme de sus prácticas, me ha permitido habitar ese lugar *ch'ixi*: entre lo mestizo y lo indígena, entre la universidad y la oralidad, entre el diseño académico y el tejido ritual. El tejido Misak, en este sentido, no se deja encasillar por categorías fijas: es arte, es memoria, es gesto, es cuidado, es espiritualidad. Es desde esa hibridez indisciplinada —como diría Cusicanqui— que se abre un espacio para un diseño que no busca dominar, sino escuchar y corresponder.

2.2. El tejido como lenguaje: Aprendizajes en comunidad

Mi primer acercamiento consciente al tejido no fue en un aula ni en un museo, sino en el barrio donde crecí. Evoco un recuerdo: tenía alrededor de doce años cuando una vecina comenzó a enseñarme crochet. Ella hacía collares, bisutería, pequeños tejidos que parecían emerger con naturalidad de sus manos. Con paciencia, me mostró los puntos básicos. Recuerdo que me sentía entusiasmada, torpe y curiosa al mismo tiempo. Era la primera vez que sentía que con hilo y manos podía construir algo.

Cuando llegué a casa y le mostré a mi mamá lo que había aprendido, me sorprendió con una afirmación sencilla pero reveladora: *“yo también sé tejer”*. Entonces me mostró cómo lo hacía ella. Su técnica era distinta: más libre, menos precisa, más ancha. A veces parecía apurada, azarosa, como si tejiera con el cuerpo entero, no solo con las manos. Ese contraste se quedó. Comprendí que el tejido no es solo una técnica aprendida, sino que se transforma con el cuerpo que lo crea.

Con el tiempo, esa memoria reapareció como un eco en mi investigación. Ya no se trataba solo de crear objetos, sino de entender cómo esos objetos eran creados desde otros saberes. El tejido se volvió central: no como una artesanía decorativa, sino como un lenguaje. Un lenguaje ancestral, corporal y simbólico que permite narrar, sostener, sanar y pertenecer.

Tal como lo describe Lorena Cabnal (Cabnal, 2010), comencé mi viaje hacia la comprensión del cuerpo-territorio desde el lugar que habito: un cuerpo mestizo. Soy una amalgama de tres pueblos que resuenan en mi ser: indígena, afro y campesino. Sin embargo, este reconocimiento no fue un camino fácil. Al principio, me invadía una profunda sensación de desarraigo, una inquietud por no sentirme “pura” en ninguna de

estas comunidades. ¿Cómo podía honrar mis raíces si no me sentía completamente perteneciente a ellas?

Esta búsqueda me llevó a explorar el cuerpo como un “lenguaje estructural”, como propone Alicia Lindón (Lindón, 2007): un vehículo que transmite las memorias ancestrales a través del tiempo. Busqué esos vínculos que me permitieran reconectar con mis antepasados, y los encontré en los objetos y las prácticas de los oficios. Para mí, estos no son meros artefactos, sino mediadores que despiertan los sentidos y las emociones, puertas que se abren a un mundo de conexiones.

Acercarme a la comunidad Misak me permitió profundizar esa búsqueda desde un lugar intercultural, donde la maternidad, el cuerpo y el tejido se entrelazan. Fue allí donde el tejido emergió como archivo viviente, como forma de pensamiento, como práctica espiritual y pedagógica. Carlos Yalanda (2022), en su investigación *El deber mayor*, recoge las voces de parteras como Mama Agustina Yalanda, quienes transmiten saberes que entrelazan cuerpo, territorio y espiritualidad:

Los Pishau, piurek, pubenenses somos los nam Misakmera kan anint□ t□kar, es decir, los Misak somos seres del linaje de los Pishau, que tienen un pensamiento holístico en el que el agua, namui pi, es el elemento central, al igual que la dualidad que permea los tres espacios del mundo. Y es que en el entramado cultural Misak todo gira en torno al agua. Del agua surgimos y del agua vivimos (Yalanda, 2022).

Esta conexión con el agua se manifiesta especialmente en la salud reproductiva: en el líquido amniótico que acuna al nuevo ser, y en la menstruación, ciclo que energiza y armoniza el cuerpo femenino con el territorio. Según Mama Agustina y Mama Ernestina, el agua es todo para el ser Misak. Las mujeres requieren del agua para limpiar,

purificar y energizar su cuerpo físico y espiritual, tanto en la gestación como en cada menstruación. Cada cuerpo de agua —lagunas, ojos, ríos— guarda también la memoria del cuerpo materno.

En la cosmovisión Misak, la dualidad originaria de Kallin y PishiMisak estructura el pensamiento. Kallin, el taita, representa la autoridad, la organización y el conocimiento de las plantas; PishiMisak es el cordón umbilical entre las lagunas macho y hembra, la madre de las aguas y la guardiana de la fertilidad del territorio. Esta figura femenina, considerada esencia del universo, habita también en sus descendientes mujeres, quienes construyen el *nak chak* (el fogón), centro de la vida familiar y comunitaria.

La mujer Misak es tejedora de la comunidad. Porta el huso, símbolo de su labor incansable. El tejido, que se aprende desde la infancia y culmina con la elaboración del anaco, marca el paso a la edad adulta y la preparación para el matrimonio. Es una práctica iniciática, espiritual y pedagógica, donde los símbolos geométricos se vuelven también herramientas para enseñar matemáticas, memorias y afectos. El tejido es extensión del cuerpo, método de autorreconocimiento, medio para crear, sanar y cuidar.

Sin embargo, muchas mujeres Misak viven aún atrapadas en roles de sumisión, limitadas al ámbito doméstico y a la reproducción. A pesar de ser portadoras de las primeras enseñanzas, sus voces a menudo son silenciadas. Como señala Velasco Guasamalli (Velasco Guasamalli, 2010), su sabiduría —que proviene de PishiMisak— debe ser respetada y escuchada al momento de imaginar el futuro de la comunidad:

Crear y criar son procesos profundamente entrelazados. Ambos requieren tiempo, cuidado y escucha. El tejido se convierte en lenguaje, en herramienta, en territorio y en archivo. Crear desde el cuerpo, desde la vivencia y desde la interculturalidad es crear con respeto, con apertura y con conciencia de los saberes que sostienen la vida comunitaria.

2.3. La creación como acto político y espiritual

Crear, en la cultura Misak, es un acto profundamente político y espiritual. El tejido, el fogón y el agua no son simplemente elementos materiales; son centros vitales de existencia, cuidado y resistencia. A través de ellos, se encarna una forma de conocimiento que no fragmenta al ser humano de su entorno, sino que lo vincula con la tierra, los ciclos y los saberes heredados.

Esta visión se sostiene en una ética de coherencia entre palabra y acto, como lo plantea Silvia Rivera Cusicanqui (Cusicanqui, 2018), desde su pensamiento ch'ixi, la creación no es una síntesis, sino una convivencia tensa entre saberes heterogéneos que resisten la homogeneización. Crear, en este sentido, es también mantener vivas esas tensiones sin borrarlas: tejer entre la oralidad y la escritura, entre lo ancestral y lo académico, entre la vida íntima y la dimensión política.

Arturo Escobar (Escobar, Autonomía y diseño: La realización de lo comunal., 2017), por su parte, propone pensar el diseño como una práctica para la transición: un espacio de co-creación que no impone soluciones, sino que escucha y acompaña los ritmos de los territorios. Desde esta mirada, el diseño se aleja del mandato moderno de control y eficiencia para abrirse a una ontología relacional, donde el cuidado, el afecto y la comunalidad se vuelven centrales.

En la experiencia de las mujeres Misak, el acto de crear es inseparable del acto de sostener la vida. El tejido no es una tarea aislada ni un oficio artesanal: es un espacio educativo, ritual y afectivo que entrelaza generaciones. Como afirma Mama Cecilia:

“De acuerdo a nuestra visión y de acuerdo a nuestra cultura, como mujer y ser, todo el trabajo es integral. En las mujeres se encargan de los tejidos, esos tejidos se relacionan con fortalecimiento y la escuela, una herramienta preventiva para uno

*formarse como mujer, que nos han dejado nuestros mayores, y eso es el legado que nunca debemos olvidar”.*⁴

En sus palabras se reconoce que tejer no solo abarca la creación de prendas, sino la formación ética, espiritual y política de las niñas y jóvenes. El tejido como escuela, como fogón, como vínculo.

Así, afirmar la creación es afirmar la comunidad. Afirmar el tejido es afirmar la memoria. Crear es también resistir las lógicas colonizadoras que han fragmentado la vida, que han desacralizado el agua, la tierra y los cuerpos. En el gesto de hilar, en el cuidado del fuego, en el lenguaje del anaco, se revela una política del cuidado, una espiritualidad encarnada que desafía la desconexión moderna y propone otras formas de habitar el mundo.

En este sentido, el tejido, lejos de ser un mero oficio o técnica artesanal, se plantea como una práctica ontológica: una forma de hacer mundo, de configurar relaciones, de transmitir saberes y de diseñar existencia. El tejido Misak, como práctica relacional, simbólica y espiritual, no responde a lógicas de producción capitalistas, sino a ciclos vitales, rituales comunitarios y memorias de cuidado profundamente arraigadas en el territorio y el cuerpo.

El concepto de "diseño ontológico" (Escobar, 2017); (Willis, 2006) permiten reconocer estas prácticas como formas legítimas y potentes de diseñar mundos. Desde esta perspectiva, el tejido puede comprenderse como una tecnología del cuidado, una ontología relacional que moldea formas de vida, subjetividades y modos de habitar el mundo desde la escucha, la reciprocidad y la continuidad de la vida.

Frente a esto, el diseño industrial tradicional, con su énfasis en la eficiencia, la estandarización y el mercado, aparece como un paradigma limitado. El tejido Misak

⁴ Mama Cecilia, 2023

interpela estas lógicas, desafiando sus marcos extractivistas y proponiendo una forma de diseño situada, encarnada y espiritual. Así, la ontología tejida abre posibilidades para imaginar otras formas de diseñar, donde lo ético, lo afectivo y lo colectivo se tejan como parte central de la vida y la creación. A continuación, comparto una matriz que ilustra conceptos claves para observar la creación como un acto político.

Matriz conceptual

Concepto clave	Significado en el contexto Misak	Relación con el diseño ontológico
Tejido	Práctica ancestral femenina, pedagógica, ritual y simbólica	Diseño encarnado, relacional, no lineal
Cuerpo-territorio	Espacio de vida, memoria y espiritualidad	Locus de conocimiento situado
Nak chak (fogón)	Centro simbólico de la vida comunitaria	Tecnología afectiva de cuidado
Maternidad	Acontecimiento ritual y colectivo, ligado al tejido y la tierra	Práctica de diseño vital, espiritual y social
Diseño industrial	Paradigma racionalista, objetual y funcional	Modelo contrastante, útil para evidenciar tensiones
Diseño situado	Práctica sensible, contextual y colectiva	Articulación entre territorio, saber y hacer

Tabla 1. Matriz conceptual

Capítulo 3. Criar: Memoria, objetos y rituales

Este capítulo aborda la crianza como una práctica profundamente simbólica y comunitaria, donde el cuerpo, el territorio y la memoria se entrelazan a través de gestos cotidianos como cocinar, tejer, sembrar o soñar. Desde la cosmovisión Misak, criar es también resistir: mantener vivo el fuego, cuidar el agua, escuchar los ciclos del cuerpo y sostener los vínculos con los espíritus y los ancestros. En estos actos se expresa una pedagogía ancestral, encarnada en el *nachak* y en los rituales que acompañan el tránsito de las mujeres, que permite comprender la maternidad como una forma de creación espiritual, política y colectiva. *“Los rituales como la siembra del ombligo, el aislamiento durante la menarquia y los sueños guían el camino de la mujer y consolidan su rol espiritual y cultural en el territorio”*.⁵

⁵ Luis Felipe Muelas, 2023

3.1. Cuerpo territorio: memoria de ancestros

Criar no es solo alimentar o proteger: es sostener la vida desde sus raíces más profundas. En la cultura Misak, el acto de criar entrelaza memoria, cuerpo y territorio, y se expresa con particular fuerza en el *nachak* —la cocina tradicional—. En lengua namtrik, el *nachak* no es simplemente un espacio funcional, sino el corazón del hogar, un centro de calor físico y espiritual donde convergen el alimento, la palabra, el tejido y los afectos.

Tal como sugiere Rita Segato (Segato, 2010), la cocina es una tecnología cultural donde se aprende a sentir, a recordar y a vincularse. No es solo un lugar doméstico, sino un espacio de formación sensorial y afectiva. Y en el mundo Misak, esto se vuelve aún más profundo: el *nachak* es también útero, taller, sala, archivo, escuela. Un lugar donde el fuego transforma, donde se cocina el alimento y la vida comunitaria.

Recuerdo un día en que llegué con el cuerpo entumecido por el frío. Soy de tierra cálida, y el clima húmedo de Silvia me resultaba difícil de asimilar. Buscando refugio, me invitaron a pasar a una casa. Al entrar al *nachak*, sentí una transformación inmediata: del frío externo pasé al calor envolvente del fuego. Fue como un abrazo materno. La oscuridad del lugar, apenas interrumpida por la llama, me dio la impresión de estar entrando en una cámara íntima, un vientre donde se protege lo esencial.

En el centro ardía el fuego. A su alrededor, pancos de madera, ollas con sopa y agua de panela, mochilas en tejido, ruanas en elaboración. Las mujeres conversaban, amamantaban, tejían, cocinaban. Como señala Silvia Rivera Cusicanqui (Cusicanqui, 2018), estas prácticas cotidianas no son menores: son formas de pensamiento encarnado, expresiones del saber *ch'ixi* que entrelazan lo ancestral con lo actual sin borrar sus diferencias.

Una de las mujeres me enseñó el simbolismo de las tres piedras que sostienen la olla en el fogón. Dispuestas en triángulo, representan a la madre, el padre y el hijo. Sostienen la comida, pero también la vida. En algunas casas, me contaron, aún se siembran los ombligos de los hijos en la cocina, como acto ritual de anclaje: el cuerpo que se vincula con la tierra a través del fuego.

Esta forma de criar es también una forma de resistir. Como lo plantea Lorena Cabnal (Cabnal, 2010), cuidar el cuerpo-territorio es también cuidar el territorio colectivo. En el *nachak*, el fuego no solo cocina: armoniza, conecta, guarda. Criar, en este sentido, es cuidar el fuego. Es no dejarlo apagar. Es leer sus señales y sostener el calor para quien llega con los pies fríos. Es desde allí que se tejen la comunidad, la memoria y el territorio.

Criar también implica acompañar los ciclos de transformación del cuerpo, especialmente en el caso de las mujeres, donde la memoria, el linaje y la espiritualidad se tejen de forma íntima. En la comunidad Misak, el cuerpo femenino es territorio de vida, pero también de sabiduría. Por eso, prácticas como la siembra del ombligo, el aislamiento durante la menarquia o los sueños rituales no son simples costumbres, sino actos pedagógicos y espirituales que consolidan el rol cultural y político de la mujer en el territorio.

Estos rituales acompañan el tránsito de las niñas a mujeres, pero también reafirman la conexión profunda con los elementos: la tierra, el agua, el fuego, el cosmos. Aunque algunas de estas prácticas se han debilitado con la llegada de nuevos estilos de vida, muchas familias las siguen sosteniendo con firmeza, conscientes del valor que tienen para la continuidad cultural del pueblo Misak.

En este proceso de acompañamiento, no son solo las mujeres quienes sostienen el saber. Algunos hombres también reconocen y valoran la potencia espiritual y política del

cuerpo femenino. Así lo expresó Tata Luis Felipe Muelas, al reflexionar sobre cómo el pensamiento occidental ha intentado fragmentar y desvalorizar esa sabiduría ancestral:

*“Desde allá, la mujer tiene esa sabiduría natural como mujer y es un principio tan fundamental para la vida como mujer y eso es lo que a veces son desvalorados. Cuando uno se conecta con el mundo occidental que se dividen por casillas entonces ahí ya va rebajando el valor fundamental que tiene una mujer [...] Desde el momento de la formación en el feto, en el vientre de la madre, ya tiene esa conexión, tiene ese poder espiritual con la madre tierra. No solamente con la madre tierra, sino con los tres espacios, con el cosmos, con los espíritus del cosmos, con los espíritus del territorio y con los espíritus del sufrimiento.”*⁶

Desde esta mirada, la espiritualidad femenina es más que una cualidad individual: es la base misma de la existencia comunitaria. Las mujeres sostienen los partos en el territorio, dialogan con los sueños, se armonizan con las aguas, y canalizan el conocimiento de las plantas. Como dice el Taita Luis Felipe, “las mujeres son las guardianas de las semillas, son las guardianas del ser Misak”.

⁶ Luis Felipe Muelas, 2024

3.2. Primer ritual, la sangre y el cuerpo femenino

La menstruación, proceso biológico natural y esencial para la reproducción humana, ha sido históricamente objeto de tabú y estigma en muchas culturas del mundo. Esta visión negativa no solo distorsiona la relación de las mujeres con sus propios cuerpos, sino que revela las jerarquías y desigualdades impuestas por el pensamiento patriarcal y colonial. El uso de eufemismos, la exclusión de espacios, el silencio forzado: todos son síntomas de una cultura que ha despojado a la menstruación de su poder simbólico y espiritual.

Como reflexiona Diana (Riaño, 2019), la menarquia marca el paso de niña a mujer, pero al mismo tiempo se convierte en el punto donde el cuerpo femenino es capturado por la lógica reproductiva. En vez de reconocerse como una experiencia creativa, vital y empoderadora, se asocia con vergüenza, contaminación, incomodidad y ocultamiento. Esta condición revela la forma en que el género ha sido construido como un orden de poder que modela nuestras formas de estar en el mundo.

En las comunidades indígenas, esta relación tampoco ha estado exenta de tensiones. La médica tradicional Ximena Hurtado explica que cuando se traduce al español la forma en que se nombra la sangre menstrual en algunas lenguas indígenas como “sucio”, en realidad no se está aludiendo a una impureza, sino a un poder profundo de limpieza interior. Según ella, durante la luna —el ciclo menstrual—, la mujer entra en una potencia energética tal que puede generar un “choque” con su entorno, alterando incluso el equilibrio espiritual de quienes la rodean.

Desde una perspectiva amazónica, como la que propone la antropóloga Belaunde (2005, 2006), la sangre menstrual es considerada un “operador de perspectivas”: una sustancia capaz de abrir portales entre dimensiones, similar al efecto de las plantas

psicoactivas. Para estas culturas, la menstruación no solo regula la fertilidad, sino que actúa como catalizador de saberes y prácticas chamánicas que cruzan lo físico y lo espiritual.

En la comunidad Misak, el tránsito de la niña a mujer es acompañado por un ritual íntimo y transformador. Durante la primera menarquia, la joven es aislada durante cuatro días en un espacio apartado del hogar. Se alimenta con una dieta de papa, maíz capio tostado y una infusión de plantas medicinales. Durante esos días, debe hilar lana, tejer cuatro mochilas y elaborar cuatro telares.

El último día, su madre la conduce al río. Allí la baña con plantas como alegría, orejuela, rendidora y maíz blanco (la elección puede variar según el acompañamiento del médico o la partera). Luego, la joven, de espaldas al río, lanza todo lo que ha tejido, como símbolo de entrega, de aprendizaje y de transición. Finalmente, es llevada de nuevo al fogón. Allí, deberá participar de la minga, cocinar y servir alimentos sin que falte para nadie. Este gesto no solo marca la madurez física, sino también la preparación espiritual y comunitaria. Reconoce el oficio del tejido, el cuidado colectivo y el lugar que ahora ocupa como mujer dentro del territorio.

3.3. Segundo ritual, los sueños

En la cosmovisión Misak, los sueños no son simples representaciones del inconsciente. Son medios de comunicación con los seres invisibles: ancestros, espíritus del agua, la tierra y el cosmos. Soñar, para el pueblo Misak, es conocer, viajar, recibir mensajes y aprender a estar en equilibrio con el mundo.

“para nosotros soñar es conocer, viajar, dialogar y recibir las orientaciones de nuestros antepasados”

Desde la infancia, niños y niñas comparten sus sueños con las *shuras* y *shures*, quienes los ayudan a interpretar los mensajes recibidos. Esta pedagogía onírica es parte fundamental de la educación Misak: a través del sueño, se aprenden relaciones con los animales, las plantas, las montañas, el agua. Soñar es recordar, pero también es anticipar.

Existe un momento especialmente significativo para las mujeres: cuando cumplen 18 años. En ese tránsito hacia la adultez, la mujer se prepara para descubrir sus talentos y dones espirituales. Para ello, debe acudir con un propósito claro a una laguna sagrada. Si los espíritus del agua y de la madre tierra consideran que su servicio es necesario para la comunidad, le enviarán un sueño revelador. Muchas de las mujeres que entrevisté narraron haber recibido sueños que les mostraron su camino como parteras, tejedoras, sobanderas o sabedoras de plantas.

“Me convertí en partera, sobandera y habladora gracias a la madre naturaleza y a la abuelita que me ayudo tanto”. (Pascuala, 2020)

Este tipo de visión —donde el don no se impone, sino que se recibe— refuerza la idea de que el cuerpo femenino no solo alberga vida biológica, sino también capacidades espirituales que se cultivan en diálogo con la naturaleza. Como ya señalaba Luis Felipe

Muelas: *“Desde allá, la mujer tiene esa sabiduría natural como mujer y es un principio tan fundamental para la vida como mujer...”*

En este segundo ritual, el sueño no es evasión: es una forma de educación espiritual, una herramienta para orientar la vida en comunidad. Es desde allí, desde la escucha interior y el diálogo con la laguna, que muchas mujeres encuentran su lugar como creadoras de vida y cuidadoras del territorio.

3.4. Ritual de alumbramiento



Figura 20. 5 meses de gestación, en Guambia, Cauca.

Desde mi quinto mes de gestación, comencé a recibir el acompañamiento del equipo integral de Sierra Morena. Este espacio, profundamente arraigado en la medicina tradicional del pueblo Misak, se convirtió en el lugar donde transitó mi proceso de gestación y alumbramiento. Allí me acompañaron la médica tradicional partera, el médico tradicional, fisioterapeutas, enfermeras y las familias encargadas de resguardar el lugar. Sierra Morena no es solo un centro de atención; es un espacio tejido por las prácticas comunitarias, avalado y cuidado por el Cabildo de Guambia y el Hospital Mama

Dominga, que delega comuneros para sostener los proyectos que fortalecen la vida colectiva.



Figura 21. En la cocina, equipo Sierra Morena, Medica Ximena Hurtado, Enfermeras y Taita Luis Felipe Muelas Cordinador de la casa del Frailejón y taita Delio medico tradicional. Tomando sopa de gallina.

Durante ese tiempo, Aida y su familia vivían en la casa, cuidando de las gallinas, ovejas, las plantas, las instalaciones, cocinando y coordinando algunas actividades. Todo el entorno respiraba cotidianidad, cuidado y reciprocidad. Mi relación con el equipo creció en la medida en que compartíamos tiempos y espacios: mientras ellos acompañaban otros procesos de salud, yo habitaba la casa, me sumergía en la pintura, aprendía a encender el fogón y me dejaba envolver por la vida que allí latía.



Figura 22. Amapola, planta que se encuentra en los jardines de la Casa Frailejón.

Recuerdo que cuando rompí fuente sentí una mezcla de nervios y confusión. Según lo que conocía, romper fuente era una señal clara del inicio del parto. Sin embargo, la mamita partera, con su calma y su saber, me dijo que no era así: *“Eso es un frío que tenías acumulado en el vientre”*⁷.

Para mí era difícil entenderlo. Me debatía entre lo que conocía —esa imagen aprendida desde lo médico y lo visual, incluso desde las películas— y la certeza de la mamita. Ella me invitaba a confiar en otros tiempos, en otros saberes. Yo, sin embargo, seguía inquieta. Sentía contracciones y me angustiaba porque creía que ya estaba en trabajo de parto, pero la mamita insistía en que aún no era el momento.

⁷ Mamita Agustina Tunubalá, 8 de marzo 2022



Figura 23. Gloria y mama Agustina, dándome ánimo para seguir: Ayudándome a soportar los dolores de las contracciones

Los días pasaron. Linda, quien compartía también el espacio, tuvo a su hijo el 8 de marzo. Yo seguía convencida de que había roto fuente y no lograba tranquilizarme. El médico tradicional me hizo un refrescamiento con las cuatro plantas sagradas: maíz capio, orejuela, alegría y rendidora. Me tomó el pulso y me dijo con firmeza: *“Itzae llega el 11 de marzo a las 2 p. m.”*.⁸

Mi cuerpo decía otra cosa, los dolores comenzaban a ser más intensos. Pero el tiempo, en este contexto, se mide distinto; las señales son otras, los cuerpos hablan en otro lenguaje. El día era frío y, justo en la tarde, llegó una pequeña brisa con gotas de lluvia. En el territorio dicen: *“Cae páramo”*.

⁸ Taita Delio Muelas, el 10 de marzo de 2022 en la tarde



Figura 2., Pruebas de la posición ideal para el momento del alumbramiento, en la imagen me encuentro suspendida en un lazo, que usualmente usan las mujeres cuando tienen solas a su hijo.

El 10 de marzo, en la madrugada, comenzaron los dolores reales. Encendimos el fueguito en el centro de la casa, alrededor del cual caminé y caminé. El fuego es central en la cosmovisión Misak: es calor, es energía, es el lugar donde las memorias se resguardan y los dolores se transitan. Los ancestros acompañan y dan fuerza para recibir la nueva vida en el plano de la tierra. Mi madre, Julián y las mamitas me acompañaron en esa caminata circular, mientras las contracciones abrían paso y la casa comenzaba a resonar con los olores de la sopa de gallina que preparaba la mamá de Linda. Alrededor del fuego, los médicos tradicionales soplaban tabaco y armonizaban el espacio con el refresco de las cuatro plantas, buscando alinear los cuerpos y los espíritus. Era un espacio tejido de cuidados, donde el tiempo parecía suspenderse.



Figura 25. Yo tomaba sopita de gallina, Julián me sostenía y la mamaita esperaba junto al equipo médico.

Cuando me trasladaron al cuarto de parto, probamos distintas posiciones. Buscábamos aquella en la que mi cuerpo, el de Julián y el de la mamita pudieran encontrarse de forma armónica. Probamos colgándome del lazo, en cuclillas, siempre intentando que la postura fuera vertical, como lo hacen las mujeres Misak. Finalmente, Julián se convirtió en mi soporte; me sostenía mientras yo me apoyaba sobre su cuerpo.

El proceso fue largo y mi cuerpo comenzó a agotarse. La mamita me advirtió con firmeza: *“Si no lo intentas, tendremos que ir al hospital”*.

Esas palabras me dieron la fuerza que sentía perdida. Pujé con todo lo que me quedaba y así nació Itzae. Lo envolvieron en una ruana traída por Mamita Agustina, especialmente tejida y dividida en dos: una mitad para Nawuel, hijo de Linda, quien nació el 8 de marzo, y la otra para recibir a Itzae. Ese tejido, más que un abrigo, era un acto simbólico de resguardo y conexión con la comunidad. Yo no sabía de la ruana de lana,

solo me di cuenta de su existencia en el momento en que la mamita recibió a Itzae. Y entendí que ella había planeado todo en función de cuidarnos.

Después vino la expulsión de la placenta, acompañada por una hemorragia que me llevó al desmayo. En la comunidad, este desmayo fue interpretado como la molestia de un espíritu. Tiempo después comprendimos que se había omitido parte del ritual: pedir permiso y hacer el refrescamiento con el agua del lugar. Este detalle, aparentemente simple, nos recordó la importancia de cuidar todas las fases del ritual, de respetar cada paso del proceso. Porque todos los elementos nos acompañan.



Figura 26. Segundo día de la llegada de Itzae, nos encontrábamos en la casa del frailejón, ya que me estaban haciendo una limpieza y refrescamiento.

Un año después, le pregunté a Tata Luis Felipe sobre lo ocurrido después del alumbramiento, y con voz de gratitud manifestó que la experiencia fue muy enriquecedora para ellos, porque les permitió recordar y tener presente el ritual del alumbramiento. Me compartió que en ese momento habían olvidado hacer la conexión y la limpieza antes del

alumbramiento con el espíritu del agua que se encontraba presente en la casa del Shey Ya, en nosotros, en Itzae y en mí. Reafirmó la importancia de los rituales de armonización previos en la atención a las gestantes con estas palabras:

*“En toda parte, en las atenciones, en las casas, nuestros sabios, nuestros médicos, nuestras parteras siempre primero armonizan, conectan con los espíritus de los tres espacios y con las plantas. Y eso fue la experiencia que tuvimos. Cuando llegó Itzae y cuando hacíamos los baños, y cuando su madre lavó la ropita con la sangre que trajo Itzae, entonces no hicimos esa limpieza. Eso afectó al bebé y también la afectó a usted. Fue un momento difícil, duro, y algunos se preocuparon... porque ese punto es un punto muy especial de conexión, donde conectan todos los espíritus de los tres espacios.”*⁹

Cuando ocurrió el alumbramiento, mi madre, como gesto de cuidado, tuvo el impulso de limpiar la sangre que yo había derramado en el momento. Pero la sangre es algo que solo puede limpiar la partera tradicional, ya que es ella quien recibe la vida en este plano. Además, mi madre lavó las sábanas con el agua de la casa, lo que provocó un encuentro no preparado entre el espíritu del agua y nosotros.

Habitar la casa de Sierra Morena me permitió observar también los cuestionamientos sobre el espacio mismo. Las mamitas decían que la casa no era caliente, que no abrigaba. Aunque su estructura circular respetaba la tradición, los materiales no eran los que por costumbre se utilizan, como el piso de tierra. Y puedo reafirmar que en las cocinas de las mamitas se sentía un calor distinto, un abrazo que el espacio de Sierra Morena no lograba contener. Porque su fuego central no permanece encendido; es un fuego que ocasionalmente se enciende para eventos culturales, asambleas o palabreos, pero no para cocinar, ni para habitarlo cotidianamente.

⁹ Tata Luis Felipe Muelas, 2023



Figura 27. Dentro del cuarto de alumbramiento, se encuentra en el perchero algunos objetos tejidos cotidianos, como el tampukuari, la jigra, el bolso, la ruana y el collar.

El tejido estuvo siempre presente: los telares expuestos, las cinchas, los chumbes, las jigras. Estaban ahí como una memoria viva, adornando, pero también acompañando el proceso. Los tejidos no eran solo ornamento, eran presencia, eran ofrenda, eran resguardo. A los dos días de nacido, la mamita chumbó a Itzae. En ese acto me enseñaron que el chumbe es un tejido que abraza, que protege, que sostiene el cuerpo y la vida que apenas comienza. El chumbe envuelve, pero también contiene la memoria. Durante mis días con dolores me acompañaron, ellas tejían mientras yo dibujaba.



Figura 28. Mamitas tejiendo mientras esperábamos el momento del alumbramiento.

Más adelante, en una visita que realicé en 2023, Mamá Cecilia me compartió la importancia del chumbe como herencia: *“Me acuerdo tanto de mi abuelita que tenía un chumbe. Hizo un chumbe de color azul, es para chumbar a todos los nietos. Y con ese chumbe pues crecimos todos, nos enchumbaba. Yo he heredado”*.¹⁰

Mamá Cecilia me mostró que aún conserva ese chumbe azul que su abuela tejió con la intención de abrazar a todas sus generaciones. Su hijo, hoy, lo percibe como un elemento estéticamente bello y quiere adaptarlo a su realidad, incorporándolo como ornamento en su vestimenta. Esto me hizo pensar en cómo los objetos, los tejidos, pueden sostenerse en el tiempo, habitando nuevas narrativas sin perder su lenguaje simbólico.

En los tejidos se plasma la energía y la sabiduría que se transmiten de generación en generación: *“Toda esa energía y esa sabiduría que llegó, la plasma”*.

¹⁰ Cecilia Tombe

El tejido, entonces, es cuerpo, es palabra tejida, es historia que abriga. Mi experiencia de alumbramiento en Sierra Morena fue un encuentro profundo entre mis aprendizajes previos y los saberes Misak. Fue caminar entre dos mundos, escuchar otros tiempos, confiar en otros cuerpos. Fue comprender que el parto no solo es un evento fisiológico, sino un acto espiritual, comunitario y profundamente tejido con la tierra, las plantas y los afectos. Y que, en el tejido, en los hilos que cruzan generaciones, se resguarda la fuerza que acompaña la vida desde su llegada.



Figura 29. Itzae una semana después de su llegada.

3.5. La maternidad y el tejido Misak: a modo de conclusión

Este tránsito entre crear y criar me permitió comprender que el tejido no es solo una práctica material ni un objeto cultural; es un lenguaje vivo que entrelaza saberes, cuerpos y memorias. La maternidad, vivida desde la cercanía con las mujeres Misak, se revela como un proceso profundamente colectivo y espiritual, donde los hilos no solo sujetan fibras, sino también vínculos, afectos y conocimientos ancestrales que se transmiten de generación en generación.

La experiencia misma. Fue habitando los espacios, caminando junto a las mamitas, tejiendo y deshilando mis propios aprendizajes, donde comprendí que el diseño tiene la capacidad de abrir caminos para dialogar con otros mundos, para visibilizar prácticas que sostienen la vida, y para reconocer que el conocimiento no siempre viene en forma de discurso académico, sino que también habita en las manos que tejen, en el fuego que arde, en el chumbe que abraza.

Como propone Silvia Rivera Cusicanqui (Cusicanqui, 2018), los mundos no son únicos ni excluyentes, sino tejidos ch'ixi, donde diferentes formas de conocimiento y existencia pueden convivir sin fusionarse, pero también sin negarse. Desde esa mirada, el tejido Misak me permitió reconocer una pluralidad de voces donde las memorias, las prácticas y los afectos coexisten con mis propios aprendizajes como diseñadora mestiza.

El enfoque del diseño ontológico, en palabras de Escobar (Escobar, Autonomía y diseño: La realización de lo comunal., 2017), me permitió comprender que el diseño no es solo producción de objetos, sino creación de mundos. Desde este lugar, el chumbe, el telar, las plantas medicinales y los rituales de alumbramiento no son elementos a intervenir, sino saberes a escuchar, a respetar y a sostener. Cuando se practica desde la

escucha, el vínculo y la relacionalidad, el diseño puede contribuir a fortalecer las tramas de vida que las comunidades ya están tejiendo.

También me acompañó la idea de que, como afirma Anne-Marie Willis (Willis, 2006), el diseño no solo diseña cosas, también nos diseña a nosotros. Mi tránsito por este proceso me transformó. Me enseñó que el aprendizaje no siempre es racional ni lineal; a veces es circular, a veces es silencio, a veces es gesto. Esta experiencia me permitió desaprender, abrirme a otros ritmos y habitar formas distintas de comprender la vida, el cuerpo y el diseño.

Como mujer mestiza y diseñadora, encontré en este proceso una pedagogía profunda, tejida desde las prácticas cotidianas: desde el fuego que permanece, desde las cocinas que abrigan, desde las palabras que no siempre se dicen, pero que se transmiten en los gestos y en los tejidos.

Este trabajo reconoce el tejido Misak como una práctica ontológica que entrelaza cuerpo, territorio, espiritualidad y memoria. A través del acompañamiento vivencial en procesos de gestación, parto, tejido y rituales femeninos, se evidencian modos de diseñar la vida que se alejan de los marcos industriales y tecnocráticos del diseño moderno. El tejido no es solo un objeto ni un acto funcional: es un lenguaje, una pedagogía, una forma de resistencia.

Desde el campo del diseño, esta investigación me permitió explorar y abrir unos posibles aportes:

- Una crítica situada al modelo hegemónico del diseño industrial.
- Una propuesta metodológica que integra etnografía, autobiografía y creación artística.
- Una expansión del campo del diseño hacia las ontologías relacionales y comunitarias.

- Una cierta visibilización de saberes femeninos ancestrales como prácticas de diseño legítimas.

En lugar de proponer un “producto” tangible, esta tesis propone un giro ontológico: reconocer que diseñar es también parir, tejer, cuidar y vivir. La cultura material Misak ofrece claves profundas para pensar un diseño comprometido con la vida, el territorio y la comunidad.

Así, el diseño se convierte en una herramienta de escucha y transformación, capaz de co-crear mundos en lugar de imponer soluciones. *Crear y criar*, como lo sugiere esta tesis, son actos de diseño profundo, vital y político.

Bibliografía

- Achinte, A. A. (2013). Pedagogías de la re-existencia. Artistas indígenas y afrocolombianos. En E. p. Walsh, *Pedagogías Decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir re-existir y re-vivir - Tomo 1* (pág. 553). Quito-Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Aichinger, W., & Grohsebnner, S. (2021). Manos y materia. Volver tangible la sociabilidad en el parto áureo. *Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 701-743.
- Borda, O. F. (2009). La investigación acción en convergencias disciplinarias. *Revista Paca*, 7-21.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico*. Pedró de la Creu, 58 - 08034 Barcelona: ANAGRAMA, S. A.
- Cabnal, L. (2010). *Pensamiento epistémico de mujeres indígenas feministas comunitarias*. Guatemala.
- Céspedes, E. P., Jembuel, D., Salamanca Sarmiento, N., & Velasco, J. J. (14 de febrero de 2023). *Las plantas medicinales, el legado del pueblo Misak*. Obtenido de Agenda propia: <https://agendapropia.co/articles/las-plantas-medicinales-el-legado-del-pueblo-Misak?lang=es>
- Cusicanqui, S. R. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: Ensayos para desmontar el pensamiento hegemónico*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Dagua Hurtado, A., Aranda, M., & Vasco Uribe, L. G. (1998). *Guambianos hijos del arcoiris y del agua*. Silvia, Cauca.
- Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. *Tabula Rasa*, 51-86.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra*. Medellín: Unaula.

- Escobar, A. (2017). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.
- Hurtado, M. J., & Gallego Mera, Y. (2020). *Factores familiares que inciden en el cambio cultural en tres familias Misak*. Popayan.
- Lindón, A. (2007). *Geografías de la vida cotidiana. El espacio del cuerpo y los lugares del alma*. Mexico: Anthropos .
- López, O. A., & Román, L. S. (1998). *Vida y Pensamiento Guambiano*. Cabildo Indígena del Resguardo de Guambia.
- Manzini, E. (2015). *Design, when everybody designs: An introduction to design for social innovation*. Cambridge, Massachusetts (EE. UU.): MIT Press.
- Orjuela Martinez, A. (2021). *Pase a calentar. Comprensión del quehacer político indígena desde las palabras y la compañía de las mujeres Misak del Resguardo la María (Piendamó, Cauca)* . Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Riaño, D. R. (2019). Menstruación, epistemología y etnografía amazónica. *Maguaré* 33, 75-107.
- Rodríguez, L. I. (2015). Guambía, somos de PishiMisak. Cuando el patrimonio cultural nos habla para dar vida. *Boletín OPCA (09)*, 68-79. Obtenido de Universidad de los Andes.
- Segato, R. (2010). *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Velasco Guasamalli, N. Y. (2010). *La cosntrucción de las identidades femeninas Misak*.
- Willis, A.-M. (2006). Ontological designing. *Design Philosophy Papers*, 69–92.
- Yalanda, C. (2022). *El deber mayor*. Bogota.
- Yaneva, A. (2009). *Made by the Office for Metropolitan Architecture*. Rotterdam: Publishers.